

EL MOTÍN

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias, trimestre 1,50 pesetas.
— Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año. — Nú-
mero suelto, 10 céntimos. — Atrasado, 25. — Co-
rresponsales, 25 números, 1,50 pesetas.

CONTRA EL CONGRESO CATÓLICO

La Nación, importante periódico de Buenos Aires, ha publicado un hermoso artículo de Núñez de Arce, juzgando el Congreso de Burgos. De él son estos párrafos:

«El Congreso Católico de Burgos, lejos de resultar una solemnidad reverente y tranquila, consagrada a exhortar los medios conducentes a la eterna salvación, ha tenido asomos de club alborotado y demoleador. En dicha asamblea, más ruidosa que las celebradas por los republicanos en Madrid y por los comerciantes e industriales en Aragón, se han sostenido proposiciones depresivas para los altos poderes del Estado, concepciones subversivas contrarias a la legalidad establecida y temperamentos de enérgica intransigencia con las doctrinas liberales y sus partidarios de todos matices.

A juzgar por los extractos comunicados a la Prensa, las principales conclusiones de dicho Congreso, leídas, pero no votadas, encaminan a la implantación de la unidad católica, con infracción manifiesta del art. 11 de la Constitución vigente, que en modo alguno puede significar nada contrario a la tolerancia de cultos; y a rodear al clero de completa y especial inmunidad eximiente, no sólo del servicio militar obligatorio y hasta de la contribución de consumos, sino estableciendo a su favor un fuero propio, tanto en el orden civil como en el criminal, y dejándole en completa libertad para la predicación, anulando los medios que hoy existen de reprimir las frecuentes demasías en que por tal concepto suele incurrirse.

Además, desconociendo la validez de disposiciones emanadas de la potestad civil en uso de facultades universalmente reconocidas, las conclusiones referidas excitan a los párrocos y predicadores a que en el confesionario y desde el púlpito logren de los fieles mandas testamentarias para el dinero de San Pedro, reclaman la imposición de severas penas a los católicos que contrigan matrimonio civil y exigen se prohíba toda clase de manifestaciones anticatólicas y se ajusten las leyes a los deseos de los Congresos católicos. Por el cumplimiento de todos estos acuerdos velará, de un modo activo é incansable, una comisión permanente de obispos, procurando hacer sentir su poderosa influencia en la enseñanza, en la administración de justicia, en la agricultura, en las sociedades de obreros, en las exposiciones, en los tribunales y en la Prensa. Todo cuanto pueda ser reflejo de actividad y elemento de influencia en el organismo social tratará de ser monopolizado, a fin de que sólo se enseñe, se juzgue, se tribute, se piense y se trabaje en la forma y manera que determine el Congreso católico. Como puede verse por la simple enunciación de algunos de sus trabajos, palpita en ellos la decidida voluntad de hacer cinda guerra a la civilización y al progreso, defendiendo personalidades egoístas de clase, recabando para sí, en todos los terrenos, desde el más ennoblecido al más bajo, todos los poderes, los derechos, exenciones, ventajas y beneficios, y arrogándose por añadidura amplia licencia para esclavizar tiránicamente cualquier iniciativa ajena.

Aunque ya en las conclusiones del Congreso se transparenta de un modo bien claro su tendencia retrógrada, anticonstitucional é inconciliable con los adelantos de la vida moderna, donde se ha puesto de manifiesto la descarada osadía de dicha tendencia ha sido en los discursos de algunos congresistas. Oradores, a quienes no he de nombrar por no contribuir en modo alguno a la poco envidiable notoriedad que buscan, se han revuelto contra los monarcas que más se han distinguido en España por sus ideas expansivas, aplicando groseros epítetos a sus ministros y confundiendo en una sola agrupación a liberales, socialistas, anarquistas, racionalistas, panteístas y protestantes, todos, según la frase de la fogosa oración a que aludo, «condenados por la Iglesia y especialmente los liberales parlamentarios, que son los peores y más dañinos herejes». Mal se compagina este juicio con el deseo expuesto en la misma asamblea de que no se excluya a los clérigos de poder ser elegidos diputados a Cortes; así como tampoco se explica, quizás por explicarse demasiado, que se trueque tanto contra la Prensa y se espere sin embargo realizar los mayores éxitos del Congreso con la publicación de un periódico, cuyo manejo administrativo ha sido, por cierto, uno de los puntos que con mayor vehemencia se han disputado congresistas de sotana y de levita.

Acostumbrados desde larga fecha a las exaltaciones del fanatismo ultramontano que constituye una fiebre perniciosa de carácter endémico en nuestro país desventurado, no merecerían la importancia que en este caso se les ha concedido, si no tuvieran otro carácter que el de desahogos de algún furioso enemigo del liberalismo. Pero, por desgracia, el haber oído a respetables prelados ciertos despropósitos, no ya sin desagrado ni protesta, sino hasta con fruición y muestras de mal contenida complacencia, les reviste de excepcional gravedad, sobre todo a las declaraciones en el sentido de abogar por la urgencia de un cambio de régimen, aconsejando a los católicos que no reconocan la legalidad establecida.

Hace tiempo que estos propósitos de rebeldía existen en el ultramontano, y se hacen ostensibles en cuantas oportunidades se presentan, llevando la división al seno de la Iglesia y fomentando diferencias cada vez más acentuadas.

En el Congreso de Burgos no han faltado fogosos congresistas que, en el colmo de la obcecación, se han puesto enfrente de las decisiones pontificias, siguiendo la bandera disidente tremolada de la silla arzobispal de Sevilla, más por supersticiones ajenas que por inspiración propia.

Para que nuestra desventura sea completa, sólo falta, aparte de las consecuencias que puedan traer las imprudentes amenazas formuladas contra las instituciones por el catolicismo y el integristismo, que aumentara la serie de conflictos que sobre nosotros pesan con uno de carácter religioso, destinado en la actual perturbación de ideas a envenenar las conciencias, tan necesitadas de salud y reposo.

Los alborotos y colisiones de que ha sido teatro varios pueblos de España con motivo de la provocadora colocación, por los ultramontanos, en la fachada de sus casas, con placas del corazón de Jesús, alarde innecesario que ha promovido disturbios y exhibiciones de otros letrados poco católicos, ofrecen campo abonado para enconar la lucha entre los católicos y liberales.

Y no ha de contribuir poco, por otra parte, a agravar el conflicto a que acabo de referirme, la cada día más creciente hostilidad entre el clero secular, abandonado en su miseria vida de sacrificio y abnegación, y el clero regular, colmado siempre de monopolios, riquezas y mercedes.

El Congreso católico ha sido, en resumen, un ensayo de sublevación, ensayo a la mesa, como se dice en el lenguaje de basildores, sin trajes, decorado, boinas, ni fosiles. El ultramontano, en su ceguedad, pretendiendo demoler ya que no puede edificar, inhábil y torpe creándose con cada frase una dificultad y con cada desplante un enemigo, ha arremetido de frente contra el Papa cuyos mandatos no obedece, contra el primado de las Españas de quien disiente, contra el Rey, a quien disiente, contra el pueblo a quien ofende, contra la libertad que maldecía, contra el ejército que menosprecia, contra todo lo que no sea volver a la barbarie teocrática de siglo XIII, renegar de toda idea de progreso y surtir a este infortunado país en los horrores de la más vil abyección.

Extinguido el rumor de los aplausos con que fueron acogidas varias de las proposiciones hechas en el Congreso, los obispos se asustaron sin duda, aunque tardamente, de la significación del acto realizado. Para atenuarla, en uso de las atribuciones que de antemano se les habían conferido, redactaron pro-fórmula dos mensajes, más que de adhesión, de desagratias, dirigido el uno a Su Santidad León XIII y el otro a S. M. la Reina Regente.

Ambos documentos, de naturaleza anodina, contienen generalidades que nada rectifican, ni menos condenan lo mucho rectificable y condenable que en el Congreso se ha dicho, dejando las cosas en el mismo ser y estado en que se encontraban antes de remitir dichos mensajes al Vaticano y a la Corte de España.

Lo único positivo que seguramente queda del Congreso católico, a vuelta de tanta huería palabrería generalmente desprovista de gramática y de retórica, es el desconocimiento de las máximas de la religión católica, toda amor, humildad, pobreza, perdón y paz, por el oño, la soberbia, la ambición, la crueldad y belicosa ira de una parte mal aconsejada de los católicos. Lo que se vislumbra, al través de las calurosas sesiones celebradas bajo las augustas bóvedas de la catedral de Burgos, es algo que no es blanco puro y esplendente como la luz mística, sino rojo y cruento como la guerra civil y negro y desconsolador como el cisma.

GASPAR NÚÑEZ DE ARCE
Madrid Septiembre 15 de 1899.

Hermoso es el artículo, repito, como son razonadas las consideraciones y exactos los juicios que el señor Núñez de Arce emite. ¡Pero qué tristeza da el ver que un hombre como él haya carecido de valor para publicar su trabajo en un periódico de Madrid, allá por los días en que lo del Congreso estaba reciente!

Este proceder cobarde é interesado indigna a toda alma honrada. Si el señor Núñez de Arce sentía lo que dijo en ese artículo, debió lanzarlo aquí, en España, donde hubiera producido gran efecto, aun cuando el gobierno le hubiese quitado la dirección del Banco Hipotecario. Hubiera así caído una vez por la libertad el que tanto por ella ha subido.

Y pensando así, no debí nunca ni como escritor, ni como poeta, ni como diputado, ni como ministro callar ante las invasiones constantes del clericalismo, ni pertenecer a un partido que, como el de Sagasta, se ha humillado ante el clero más aún que el conservador.

El hombre que vale lo que él, que tiene una pluma, un nombre y una autoridad indiscutibles, comete un crimen de lesa patria transigiendo con aquello que la arruina y desdora, con aquello de que en el fondo de su alma execra y abomina.

Ver que se está representando una comedia miserable en mengua de la vida y la honra de la nación, comedia que acabará en esa horrible tragedia llamada guerra civil, y callar, y mezclarse con los infames que la representan, y hasta ponerse de su parte en ocasiones... es signo infalible de que la degradación de estos tiempos alcanza hasta a los favoritos del talento.

Los Congresistas de Burgos (a quienes yo ahorraría si pudiese) me inspiran, sin embargo, más respeto (en el supuesto improbable de que creyeran que obraban en favor del catolicismo), que el señor Núñez de Arce, anticlerical de abolengo, poniéndose durante los 25 años últimos de parte de la canalla clerical, permaneciendo mudo ante sus infamias, respirando a gusto en atmósfera de hipocresía, medrando al compás del crecimiento de las órdenes religiosas, para salir ahora censurando lo que ayudó a elevarse, combatiendo a los enemigos que contribuyó a armar...

A pesar de esto, si Núñez de Arce, a raíz del Congreso, lanza al público español la impresión terrible que le produjo, la valentía del acto hubiera, de fijo, hecho olvidar su conducta anterior torpe, medrosa y acomodaticia. Pero hacerlo de la manera que lo ha hecho, buscando disculpa en la distancia, atenuación en

el tiempo transcurrido, esto produce asco en vez de entusiasmo, desprecio en lugar de admiración; esto no honra ni al hombre, ni al pensador, ni al político; esto es sencillamente hacer alardes de cinismo, decirle a este pueblo que se opone a la farsa de las placas y a las brutalidades de los Congresos:

«¿Lo ves? Soy tan anticlerical como tú, pero no tan inocente. Contribuyo al incremento del clericalismo, vivo con él, y lo amparo con mi silencio, sin perjuicio de combatirlo en un momento de expansión, por creerlo antiprogresivo y antinacional.»

Y es algo peor: es imitar a la mujer que se siente honrada y ejerce de ramera por llevar una pulsera de brillantes en la muñeca y un collar de perlas al cuello, prostitución más asquerosa que la de aquella que sigue los impulsos de su carne hambrienta.

¡Pobre España! Si los que más valen de tus hijos dan este ejemplo a los peor dotados de entendimiento y cultura ¿qué va ser de ti?

José NAKENS

¿CÓMO NOS REGENERAMOS!

A principios de la semana anterior se aprobaron en el Congreso los capítulos primero y segundo del presupuesto de Gracia y Justicia.

Para hacer en los gastos de este ministerio algunas economías, se rebajó la cantidad consignada para alimentación é higiene de los penados en las cárceles y presidios.

En cambio pasó sin modificarse el capítulo correspondiente a las dotaciones de culto y clero.

Los señores Bergamín, Azcárate y Canalejas, especialmente el primero, demostraron que la situación actual de empobrecimiento del país y el estado de penuria en que se encuentra el Tesoro, exigen que, por lo que se refiere a las dotaciones asignadas a los altos dignatarios de la Iglesia, se introdujeran economías que descargaran en parte el enorme gasto que para la nación representan los sueldos excesivos que se pagan a los prelados y al alto clero.

Pero el gobierno y sus huestes no hicieron caso de tales demostraciones; los argumentos aducidos por los tres diputados no impidieron que los dos capítulos se aprobaran por una mayoría que entiende que no se puede cercenar, sin cometer injusticia, una parte de sus haberes cuantiosos a los principes de la Iglesia, y en cambio puede, sin faltar a las leyes de humanidad, privarse a los penados reclusos en los establecimientos penitenciarios de lo más indispensable para la vida.

Este procedimiento es digno de un gobierno conservador y de un país caritativo y católico.

Entre que los obispos, representantes y ministros de una religión cuyo maestro predicó la humildad y la pobreza, tengan que suprimir un plato de sus abundantes mesas, ó despedir un doméstico de los muchos que tienen a su servicio, ó que los desventurados que sufren penas afflictivas impuestas por la justicia, no siempre recta y equitativa de los lumbres, carezcan del alimento, del abrigo y de la higiene indispensables para la conservación de su misera existencia, la elección, para esta gente católica, no es dudosa.

Fáltenle a los presos el aire, la luz, el calor y el alimento, pero esto no se desquiciará el mundo si se comoverán los cimientos de la moralidad; pero cuidado que un obispo tenga que dejar el coche, ó suprimir un plato de su cocina ó un lacayo, porque esto sí, según dijo todo emocionado y furioso el señor marqués de Valdillo, subsecuente ministro de Gracia y Justicia, es un atentado a la Santa Sede y a la católica, y ¡horror! podría, si tal contribución se cometiese, trastornarse la gran tribuna universal.

Con lo dicho, para dar una idea de lo que son estos encargados y sus partidarios y a dónde nos encaminamos en este régimen en que se sancionan tales injusticias é inhumanidades.

Pero después de todo, reconozcamos que la culpa no es sólo, sino del país desmoralizado y falto de virilidad que lo tolera.

José CINTORA

¿QUE PAGUE ESE OBISPO!

Publicó el motín un artículo en La Democracia, Barcelona, refiriendo otro, y el administrador había lanzado la cuenta siguiente:

«Líneas que ocupan, la de del señor obispo de Córdoba, a que...» 248
Le autoriza la ley a imprenta a disponer de...» 70
Diferencia en más, no setenta y ocho líneas...» 178
Que a razón de doce...» 178
Son pesetas 356...» 178
La ley de Imp. país permite...» 178
A pesar de...» 178
Si quisiera...» 178
le giró...» 178

Acostumbrados a cobrar por todo, los clericales se indignan sólo ante la idea de tener que pagar algo, por justo y equitativo que sea. «El cobra y no pague que somos mortales» parece inventado por ellos y para ellos.

Pero débales algo cualquiera, aun cuando sea en concepto de sacramentos que deben administrarse gratis, y apelarán a todos los medios para cobrar.

Imitelo el administrador de La Democracia, y lleve al juzgado a ese de la mitra. Y que suelte las misas que anda gastándose en tita además unos reales. ¡Porque no rabiara poco el amigo al verse condenado! ¡Con lo soberbios que son!

Al juzgado, pues, con ese obispo.

WEYLER

El cuerpo ruin; oblicua la mirada; innoble el rostro; el genio atrabiliario; feroz verdugo; tigre sanguinario; conciencia negra y alma depravada.

Un tiempo a la nación tuvo engañada, porque formula siempre lo contrario de lo que siente; hipócrita, falsario, de instinto avieso y condición taimada.

Por felón, por cobarde y por inmundo, miróle siempre la radiante gloria con asco inmenso y con desdén profundo.

No consiguió jamás una victoria; pero logró la execración del mundo y la censura eterna de la Historia.

Este es el soneto que abre las puertas al folleto Weyler, escrito por Pedro Barrantes y editado por la Biblioteca de Don Quijote, Palma, 32, duplicado, al precio de 20 céntimos.

Bien hecho está el soneto; pero al avanzar en la lectura del folleto apenas se recuerda, porque lo que sigue es de primera también, sobre todo la parte consagrada a pintar las respuestas que ha dado ese general arlequín a las solicitudes de republicanos, carlistas, liberales, integristas, romeristas... En ellas se patentiza que ha sido de la opinión de todos, y a todos ha ofrecido su espada... bernardina.

Felicito a Barrantes por su folleto fotográfico, pues soy uno de los pocos republicanos que nunca creyeron que esa representación genuina de la degeneración española podía ir a ninguna parte como no fuera a comerse las castañas que otros sacaran del fuego.

Y después de decir esto, excuso añadir que recomiendo de todas veras el folleto de Barrantes.

¿Pero qué pasa aquí?

Venía observando que la prensa clerical trataba a pontapiés unas veces y con marcado desdén otras a la prensa de gran circulación, y que ésta callaba, mas nunca sospeché que llegase a tanto como ha llegado El Siglo Futuro con El Liberal.

Por haber amenazado éste al parroquialismo de Puente la Reina con acudir a los tribunales si seguía predicando todos los domingos que no debía comprarse El Liberal, ni leerse, y continuando con la condenación eterna a quien lo hiciera, negando de paso la absolución al hijo de su correspondiente, se pone en jarras El Siglo Futuro, y en un artículo titulado Aguantate cachete y calla le dice, entre otras cosas, quitándose la careta y descubriendo parte del juego que por lo visto se traen los neos y la gran prensa:

«¿Con que así andamos de desmedrados? ¿Con que es preciso recurrir a las amenazas y frases gordas para salvar paquetes y suscripciones?»

«¿Con que duele en lo vivo la propaganda católica?»

«Pues mire El Liberal, nos alegramos de veras.»

«¿Felicidades de corazón al señor párroco de Puente la Reina?»

«...es natural que el señor párroco se atenga a las doctrinas y enseñanzas de la Iglesia para condenar al liberalismo y a sus periódicos, y negar la absolución a quien lo merezca. Y calculando que esto último es caso de conciencia, de honor y hasta de buen gusto, tenemos curiosidad por saber lo que hará El Liberal con el párroco de Puente la Reina.»

«¿Va a querellarse de injurias?»

«¿Va a ejercitar la acción pública?»

«¿Va a meterle un brazo por la manga?»

«¡Ja, ja, ja!»

«En Madrid, y a las barbas de El Liberal, se predica contra el liberalismo, y se ha dicho desde el púlpito de la Santa Iglesia Catedral que no se puede estar suscripto, ni comprar, bajo pecado mortal, la prensa liberal, citando nominativamente otros periódicos, a El Liberal, El Imparcial y El Herald. Y el órgano de la concentración democrática y de la educación integral se dio punto en boca y no dijo este Código penal es mío.»

«¿Y qué dirá El Liberal que lo hemos en serio sus amenazas?»

Aquí va el desdén unido a la burla, a la amenaza encubierta, al sarcasmo, a algo que se lee entre líneas y que no puede adivinarse lo que es, pero que quizás haya atado la pluma de los periodistas que en El Liberal hubieran deseado esgrimir la contra el periódico integrista. Porque el colega nada ha contestado.

Hay una frase más sangrienta aún en El Siglo Futuro; ésta:

«El Liberal se ha olvidado de su papel de periódico de gran circulación.»

¿Qué quiere decir esto? ¿Cuál es el papel de esos periódicos en los asuntos clericales?

¡Hay algún pacto establecido! Y si lo hay ¿con quién? ¿Hasta qué punto tienen independencia esos periódicos? Esto es lo que se pregunta cada cual, al leer el adjetivo olvidado.

Al comentar El País el título del artículo Aguantate cachete y calla, dice que equivale a esto:

«No habíamos convenido en un silencio y resignación absoluta por parte de la prensa, y en los anatemas, ataques y desdén de todo género contra ella por parte de nosotros los neos, los ricos, los influyentes allá arriba, los dueños de la Tratatística, manantial de anuncios caros y mercedes pingües. Entonces ¿por qué no aguantar callando los inevitables golpes?»

Y pudo El Siglo señalar la conducta de El Imparcial, y de La Correspondencia, y del Herald, desacreditados en esta Catedral sujeta al obispo de Madrid, a quien tratan como amigo de casa muy íntimo los Gasset y los Chinchilla, sin darse por incomodados con esas predicaciones, como los Canalejas y los Santana no se retraen de hacer sus bodas en el palacio episcopal, pedir indulgencias al prelado y estar en todo a sus órdenes, aunque maldiga sus respectivos periódicos.

«Nada, nada, mucho juicio, nudillos a prueba de badila, tragaderas anexas y

¡Aguantate cachete y calla!

Si le dan otro, será peor.»

Y termina El País:

«Ya que nos odien, por lo menos que lo merezcamos, y si nos injurian y nos calumnian, como lo hacen siempre en venganza de nuestro eterno fugitar sagradas caras y sobre apostólicas espaldas, que no se atrevan a escupirnos así, diciéndonos que desentonamos en el papel de siervos.

El odio puede honrar; el desdén provocativo y en parte olímpico, en parte chulesco de esa gentuza nea, es ya peor que la cox de un asno.»

A esto de El País, añado:

«Si El Motín había de alcanzar gran tirada callando ante la injusticia, ocultando la verdad, recibiendo sumiso admoniciones de la gentuza nea, ¡bien haya esta mi orgulloso acomodamiento con el modesto pasar, que me da la independencia tan necesaria al escritor para cumplir su misión honrada! ¡Bien venidas sean las contrariedades, benditos los apuros que me permiten exclamar: Yo, soy yo. No lo que otros quieren que sea.»

La Iglesia se nos come

Se trata de seguir abonando a la Tratatística de los jesuitas la subvención que cobraba cuando teníamos Colonias: unos siete millones y pico de pesetas.

La Tratatística ha sacado a España sólo de subvenciones y de abono de servicios pagados aparte, el doble de lo que vale su flota de vapores.

Amortizado así el capital, se lanza a luchar con los demás navieros españoles, defendida con la enorme suma de siete millones de pesetas y sin que nadie pueda competir con ella.

Esa subvención es la ruina de toda la navegación española. Nadie podrá hacer el comercio internacional más que la Tratatística, que tendrá asegurado, por lo menos, el 5 por 100 de utilidades.

Y sigan el saqueo y la expoliación, mientras llega la muerte del país al son de

Padre nuestro que estás en los cielos...

Creo en Dios padre todopoderoso...

Dios te salve María llena eres de gracia...

Y...

¿Saben ustedes lo que les digo, compatriotas? Que aquí no van quedando más que castrados y estetas.

¿PARA MEJOR OCASIÓN?

Apenas si hemos los republicanos refinado batallas por la cuestión de procedimientos para instaurar la República. Una de las causas que más ha contribuido a mantener la desunión, las divisiones y las discordias en nuestras filas, ha sido esa. Lo esencial llegó a convertirse en accidental y lo accidental en esencial. Las diferencias entre radicales y conservadores, entre federales y unitarios llegaron a borrarse por completo ante las diferencias entre los llamados revolucionarios y los motejados de legalistas.

Por si debíamos ir a las elecciones ó si debíamos retraernos de las luchas electorales, ¡quanto derroche de energía y de elocuencia hemos hecho! ¡qué hermosos artículos se han escrito! ¡qué discursos en los mítins! ¡cuánta actividad desplegada! ¡qué ferezas y qué intransigencias! ¡qué excomuniones de los legalistas a los revolucionarios y de los revolucionarios a los legalistas! ¡con cuánta saña nos hemos combatido unos a otros!

¡Lástima grande que la monarquía no haya querido marcharse por su propia voluntad!

Y mientras los republicanos nos hemos reñido rudas batallas por la cuestión de procedimientos, y todo nos ha parecido poco para fomentar nuestras divisiones y discordias, levantando barreras de odios en vez de estrechar lazos de unión y de concordia, nuestra impotencia ha ido aumentando, y gracias a ello, después de la quiebra de la monarquía, después del fracaso enorme que acaba de sufrir, la monarquía existe sin que nosotros seamos para ella un peligro... ni remoto si quiera.

Porque ahora, después de la bancarota del régimen saguntino, ante el doloroso espectáculo de una patria que se desmorona gracias a ese régimen funesto, ante ese mañana pavoroso que nos aguarda, tan lleno de dudas é incertidumbres como de lúgubres presentimientos, debíamos salir por esos mundos de Dios predicando la revolución los que no hemos hecho otra cosa que predicarla durante veinte años, sin acortar a hacer nada de provecho. ¿No estaría justificada nuestra conducta? ¿No son ahora abonadas más que nunca las circunstancias para intentar algo serio? La agitación producida por las ya venidas resisten-

17. ¿Sabes algo que quiere decir eso?

RECTIFICACIÓN

Señor don José Nakens.
Muy señor mío: Sentía yo á modo de
cosquillo en mi conciencia
haber lamentado en mis anteriores cartas
compañero que hea D. Manuel, con-
tando con su amistad y con su

a que predicaban. Sospechaba que tal
por un impulso de excesivo celo piad
habría interpretado mal el objeto á que
acompañaba se encaminara, y como buen
podía á quien se dudaba de su

ador á quien no duelen prendas, declaro
usted sinceramente que anduve un ta
justo y torpe en mi juicio y lo recti
on gusto para desagravio de usted y tr
bilidad mía.

Debí tener presente que San Pablo según he leído—exigía para que un obispo fuera perfecto, que tuviera las siguientes virtudes: «Ser fiel dispensador de los mi-

os de Dios, (1) inocente, humilde, sobrio, prudente, desinteresado, caritativo, bueno, justo, santo y capaz de exhortar con autoridad.

•

18

doctrina a los tímidos y cobardes y de contener con su sabiduría a los soberbios y orgullosos.

De suponer es que deseara estas cualidades para todos los sacerdotes, pues de no tenerlas, ni podrían llegar a ser obispos perfectos, ni secundar con eficacia y acierto la alta misión que por sí solos no pueden éstos llenar.

En cuanto a obispos imperfectos no creo que San Pablo admitiese que los hubiera, porque entonces su exigencia tendría poco valor y alcance. Además, podría darse el caso de que un obispo imperfecto llegara a ser Papa, y si con un Papa perfecto no anda el clero muy bien que digamos, ¿cómo andaría con uno imperfecto?

Es, pues, evidente que el clérigo que no tenga las virtudes que quiere San Pablo, no representa bien a la Iglesia, no tiene autoridad para hablar en su nombre, infiere agravio a la doctrina del Señor y desacredita a la clase tan necesitada de respeto y consideración. Claro es que, dirigiéndose las censuras de El Motín a los malos, hace un servicio inapreciable a la religión y a los buenos sacerdotes. No parece sino que los tribunales eclesiásticos, a los que interesa y corresponde en primer término esa limpia purificación, deja impunes los escándalos que a diario ofrecen tantos prevaricadores de tonsura. Porque a la publicidad de sus fechorías debía responder la de los castigos que se les impusiera, como reclama la vindicta pública, con más razón que cuando se trata de seglares cuyos delitos en su mayor parte son debidos a la ignorancia, a la miseria o a la embriaguez.

Recuerdo que en una capital de provincia un sacerdote dió un escándalo mayúsculo de inmoralidad, y después de algunos meses de veraneo en un convento penitenciario, volvió a la población—cumplida su condena—con sus licencias ya limpias para ejercer las funciones propias de su cargo.

La impunidad alienta para seguir por el camino de la corrupción a los que adoptan el traje talar como patente de corso para vivir a costa del prójimo satisfaciendo sus pasiones sin peligros ni temores. Si en lugar de combatir las malas costumbres, dan pábulo a ellas con su ejemplo no serán responsables de una *repra* de la tragedia de Sodoma y de Gomorra? Sí, pues, El Motín poniendo dique al mal, aunque pese a los hipócritas y escandalosos a los fanáticos.

Decía un predicador en la iglesia de San Luis—cuando yo oía sermones, deseoso de escuchar alguno bueno, lo cual no pude conseguir—que entre sus colegas los había virtuosos y santos, pero que había otros que profanaban los hábitos que vestían. Se me ocurrió preguntar en qué se distinguían los buenos de los malos, pero no siendo ocasión de adquirir tan interesante dato, salté pensando que lo mejor sería no fiarse de ninguno.

Que sean todos ilustrados, virtuosos y desinteresados y ganarán los corazones, disponiéndolos para alcanzar la bienaventuranza eterna. Amén.

De usted afmo. s. s. q. b. s. m.,
Odoño CARO

Por haber escrito contra un canónigo, la autoridad militar de Canarias ha procesado y preso al señor Vidal, ilustrado cabo del Ejército. El pretexto ha sido otro, pero esa la causa.

¡Oh cuanto celo por el buen nombre de los que, colocados tras una trincheira, han asesinado tantas veces a nuestros soldados, de los que han sido causa de que mueran en Filipinas tantos millares de españoles!

Lo único que le faltaba a esta nación para acabar de regenerarse (?) era que se hiciese un poquito más estrecha la alianza del sable y del hisopo.

Habría que emigrar a un país civilizado.

Iniquidad intolerable

«Los individuos excluidos totalmente del servicio militar activo son los pertenecientes a las Ordenes y Congregaciones que siguen:

Venerable Orden de Canónigos de San Agustín. Congregación de la Santísima Cruz y Pasión de Nuestro Señor Jesucristo.

Congregación de los Hijos del Inmaculado Corazón de María, establecido en las posesiones del Golfo de Guinea.

Religiosos profesos y novicios de la Congregación de María.

Religiosos y novicios de la Congregación de San Alfonso de Liguorio.

Ordenes religiosas dependientes del Ministerio de Ultramar, que son:

Agustinos descalzos (Recoletos), Agustinos calzados, Dominicos, Franciscanos, Jesuitas, Carmelitas descalzos y Trinitarios de Alcázar de San Juan.

Congregación de San Vicente de Paul.

Religiosos y novicios de la Compañía de Jesús. Colegios de la Orden de San Francisco, establecidos en Chehín, Vich, Sancti Spiritus (Valencia), Zarauz y Lucena, dependientes del Ministerio de la Gobernación.

Religiosos, profesos y novicios de la Congregación Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas.

Los mozos que vayan al Seminario conciliar de Santiago de Cuba a cursar la carrera eclesiástica.

Extendida así por una disposición ministerial la exención del servicio militar a las Congregaciones y Ordenes religiosas que no dependían de los Ministerios de Estado y de Ultramar y que no se dedicaban *exclusivamente* a la enseñanza con autorización del gobierno, por nuevas disposiciones ministeriales, también se hallan exentos de tan penoso servicio los siguientes:

Religiosos y novicios de San Francisco de Sales. (Real orden de 15 de Julio de 94, 1.º de Septiembre del 97.)

Religiosos profesos y novicios de los Sagrados Corazones. (Real orden de 21 de Abril de 1897.) Pequeños Hermanos de María. (Real orden de 21 de Abril de 1897.)

Hermanos de Nuestra Señora de la Merced. (Real orden de 17 de Julio de 1897.)

Hermanos de San Pedro Advíncula, establecidos en Gracia. (Real orden de 15 de Noviembre de 1897.)

Legos y profesos de la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios, establecidos en Pinto, Ciempozuelos, Valencia, Granada, Sevilla, Zaragoza, Palencia, Santa Agueda, Las Cortes (Barcelona) y San Baudilio. (Real orden de 16 de Noviembre de 1899.)

El señor Morayta ha hecho esto público en el Congreso, demostrando además que la exención del servicio a esos frailes no se dispensa en consideración al alto ministerio de la enseñanza, como lo dice el hecho de no disfrutarla los laicos, estudiantes y profesores de primera y de segunda enseñanza superior universitaria y facultativa; y que tampoco se concede en atención a los respetos debidos a la Iglesia, lo evidencia la circunstancia de no extenderse a los seminaristas; otórgase para servir de cebo, a fin de engrosar el número de hermanos, frailes, monjas y jesuitas.

Fundado en estas consideraciones, el señor Morayta presentó la siguiente

PROPOSICIÓN DE LEY

Se derogan todas las disposiciones legales hoy vigentes, por cuya virtud se exceptúan del servicio militar los legos y profesos de cualquier asociación religiosa, sea la que fueren.

Claro es que esta proposición no será aprobada; pero bueno es que en el Congreso se hayan leído esos datos, y se sepa que es tal la abdicación de los gobiernos de la monarquía ante el clericalismo, que en esas órdenes religiosas exceptuadas ¡hay doce extranjeras!

Pero ¿qué digo doce? Ante las leyes españolas, lo son todas. Solamente con cumplir al pie de la letra el Concordato, nos veríamos libres de la plaga monástica.

Desdichados tiempos son éstos, cuando los más radicales nos daríamos por satisfechos con que se cumpliera el Concordato.

EL SANTO HOSPITAL

Tenía una infeliz, Eustaquia Carrasco, un hijo en el hospicio de Badajoz. Todos 6 casi todos los domingos sacábalo para pasar el día con él.

Dos 6 tres días antes de los hechos que vamos a referir (habla El Obrero, de aquella ciudad) encontré la madre con una hermana de la caridad llamada Sor Asunción, encargada en aquella época de los párvulos, la cual le dijo que su niño estaba un poco enfermo, pero que con refrescos y una purga que le habían dado estaba ya mejor, no siendo cosa de cuidado su dolencia.

El siguiente domingo fué la Eustaquia al hospicio, encontrándose a su hijo sentado en la mesita y llorando ante una comida que no probó, pues su salud, terriblemente minada, le había quitado el apetito. A la hermana Asunción no se le había ocurrido llamar un médico que lo viera.

Tomó la madre en sus brazos, salió de aquella casa y condólole a la en que servía. Sorprendióle a su amo el estado en que el niño se encontraba y llamó a un doctor, el cual diagnosticó que el niño tenía en estado lastimoso el corazón, los riñones y el bazo, aconsejando a la madre lo llevara al hospital, no sin decir que la enfermedad que le mataba era muy afeja, que los refrescos y purga que le dieron no eran convenientes, y que no viviría más de un día; admirándose del lamentable abandono en que lo habían tenido.

Llorosa y desesperada corre la madre al hospital, ruega al enfermero que primero ve que cuide de su hijo, recibiendo una contestación que pudiera traducirse por una ofensa.—Yo no puedo atender a tanto—respondióle—y acercándose al niño que ocupaba la otra cama que en aquella sala había:—Ten cuidado,—le dijo,—dale de tu refresco, que yo no puedo estar en todo.—Y a la madre:—El refresco se lo daré, pero leche no, porque hay muy poca...

Conclusión: a la mañana siguiente el niño estaba en el depósito de los muertos sin que se supiera si lo había asistido médico alguno. El que en la sala estaba oyó a su compañero llorar, pero hacía frío y no se levantó.

Ya lo sabes, Pueblo, exclama El Obrero después de este relato; en el hospital se muere un niño solo y abandonado como si fuera un perro callejero, que los falderos y los de casa rica tienen más fortuna que un niño que vegeta en la santa casa de beneficencia.

La caridad es un sentimiento que nos impulsa al bien sin pensar en recompensas de ninguna clase. Desde que se convierte en vil oficio religioso, sólo sirve para aquilatar los grados de maldad que encierra el corazón humano.

Una de las primeras cosas que debe hacer la República cuando venga, es relevar a todas y todos los que viven de la caridad, por mujeres y hombres honrados que vivan para ella.

Leo en La Aurora Social, de Oviedo:

«El Motín, dice que su corresponsal en esta ciudad le ha dicho que aquí sólo cinco republicanos lo toman.

«Está seguro El Motín, ó su corresponsal, de que son republicanos esos cinco lectores? Casi estamos por creer que no.

Antes, si, había republicanos en Oviedo. Ahora no debe haber ni uno. Y por eso se cerró el *Círculo republicano*, que era lo único que quedaba.

Sus antiguos socios se fueron con el jesuitismo, muchos, otros se retiraron a la vida privada y unos pocos se han venido a nuestro partido.

Pero cuando vengan unas elecciones generales, ya aparecerán individuos que se llamen republicanos. Para ver si hacen diputado a don Melquíades Álvarez.

Está probado que aquí sólo hay republicanos en vísperas de elecciones.»

Pocas cosas hay más tristes en política que el tener que dar la razón a los que no comulgan con nosotros en ideas.

Que es lo que me pasa en este instante.

GRAN JOLLIN

Simpático fué el que se armó en Santiponce hace unos días.

Empeñáronse unos frailes en que... Pero que hable El Baluarte de Sevilla:

«Los frailes en Santiponce han llevado un recorrido porque quisieron mostrarse en procesión los benditos. Se sabe por referencias que armaron allí el gran ciseo, y no hubo piedras bastantes, y comenzaron a gritos:—¡Que se vaya esa canalla!—¡Fuera esos vagos y pillos!—Y allá va una peladilla buscando recta un morrillo... pero daban en la panza por ser el blanco más fijo! Los frailes, en cuanto vieron que estaban comprometidos, pronto tomaron soleta, buscaron un escondrijo, se arreglaron los hábitos dando a luz los calzoncillos, y aún no saben en el pueblo en dónde están escondidos.

¡Santiponce, Santiponce! ¡Pueblo noble, pueblo invicto, pueblo que tiene vergüenza, sigue por ese camino!...

Pero escucha este consejo, que te lo da un buen amigo: Si van otra vez los frailes, no los arrojes a gritos ni a pedradas, porque vuelven otra vez al mismo sitio, sino carga la escopeta y los saludas a tiros, ¡y verás cómo no vuelven si les das en un buen sitio!»

CARRASQUILLA

Huelga lo de los tiros. No porque niegue la eficacia del procedimiento, sino porque sería una lástima que ninguna persona honrada se perdiese por un fraile. Silbidos, cencerros, almireces como en noche de boda de viudos... Esto, esto. Es más divertido. Y hasta más eficaz.

Sin que yo trate por esto de meterme en camisa de once varas, dando consejos a quien no los ha menester.

SINDICATO JESUITA

Se trata de constituir un Sindicato destinado a engullirse media España. Desde que se perdieron las Colonias, la Trasatlántica, la Tabacalera y el Banco Colonial han dejado de hacer aquellos grandes negocios que vida tan próspera les dieran a los mangoneadores de aquellas entidades comerciales. Como ahora el carro va por el pedregal, se quiere sacarle del atolladero a costa del país. A falta de colonias que explotar, buenos son los restos de la Península. De ahí el proyecto de un Sindicato que se propone no dejar ni el aire para los españoles. Según tenemos entendido, cuenta con el incondicional apoyo del gobierno, y éste se ha comprometido a garantizarle medios de vida. Este Sindicato se formará con capitales de la Tabacalera, Banco Colonial, Trasatlántica y dinero de los jesuitas, frailes escapados de Filipinas y monjas con mucho oro en las arcas.

El presidente de este Sindicato será el marqués de Comillas, y entre los consejeros figurarán altos personajes que con su influencia amparan los intereses del Sindicato.

Este será altamente jesuitico; tendrá periódicos, muchos agentes y delegaciones en el extranjero. Su plan es completo y extenso. Se trata de dominar las conciencias y el mercado español.

Como base de este gran proyecto, el futuro Sindicato tratará de quedarse con el arriendo de las contribuciones de toda España. Con la tributación se harán mangas y capirotes.

El Sindicato procurará arrendar también las Aduanas, encargándose de pagar el cupón y amortizar el capital.

El Sindicato acapará cuanto pueda, incluso contratar con los Ayuntamientos en las grandes capitales el servicio de limpieza pública.

Damos, pues, la voz de alerta. Se atenta contra los intereses de un pueblo.

El proyecto de sostener el ya inútil contrato con la Trasatlántica, demuestra lo que podemos esperar de este gobierno, tan propicio a los intereses jesuiticos y ultramontanos.

El Diluvio de Barcelona da esa voz de alerta, que hace días había lanzado El País.

Si aquí quedara un resto de dignidad ó de instinto de conservación, la enaunciación de ese propósito bastaría para que nos uniésemos los llamados a barrer la inmundicia que nos va asfixiando poco a poco.

Pero no lo haremos. Si los jesuitas tienen empeño decidido en la formación de ese sindicato, se formará; ¡unos cuantos de los que vivimos fuera de la realidad escribiéremos varios artículos condenándolo, y el país permanecerá tan pasivo como hasta aquí, cual si el asunto no le tocara ni de cerca ni de lejos; la pillería que se lo viene alarmando y comiendo desde hace 25 años acabará por cenárselo, y ¡Buenas noches!

Las Hermanas que mangonean en el hospital de Pontevedra, son como las de todos los hospitales.

Trafican en huevos, gallinas y cerdos, que deberían ser del establecimiento y nunca de su propiedad, puesto que del establecimiento se nutren.

Se imponen a los médicos hasta el punto de poner a los enfermos a media ración, por un simple chisme.

No obedecen al alcalde.

En fin, que hacen su soberana y fregatriz voluntad.

¿Por qué? En primer lugar, por ser ellas malas (dada su procedencia no pueden dejar de serlo); y en segundo, porque ni alcalde, ni concejales, ni director del Hospital, ni médicos tienen pizca de dignidad, ni como hombres, ni como autoridades, ni como facultativos. Si la tuvieran, ¿cómo habían de dejarse imponer por esos ángeles de pezuña tremenda, alma chica y tragaderas grandes?

MANOJO DE FLORES MÍSTICAS

De siete y media a ocho de la noche se oyeron hace pocos días gritos de ¡socorro! ¡que me matan! dados por una mujer muy cerca de uno de los balcones del Asilo de Huérfanas de San Blas, sito en la calle del Fúcar.

Se juntó mucha gente, se hicieron comentarios, y alguien dijo que se trataba de una colegiala a quien la superiora quería llevar por fuerza a Zaragoza, y que las monjas le pegaron, la arrastraron cruelmente y la hicieron objeto de esos piadosos tratos de costumbre en todos los asilos monásticos.

Las voces cesaron, los vecinos, indignados, fueron dispersándose, y... hasta otra.

¿Que si en Madrid no hay guardias, ni policía, ni alcaldes de barrio, ni gobernador, ni autoridad alguna? Para casos de estos, no. Trátese de confundir una mujer honrada con una prostituta, y aparecería una autoridad en cada adoquín.

Encontrábanse dos jóvenes enamorados en la iglesia de Belén (Barcelona).

Tal vez no rezaran; acaso se mirasen; quizás se estrecharan las manos... Cosas más subversivas ocurren en los templos.

Súbito se abre la puerta de un confesionario, y cual el toro del chiquero, sale furioso un cura muy grande y muy gord, y ¡zas! ¡zas! comienza a bofetadas y trompazos con el joven.

Los fieles dejan sus rezos, rodean al grupo y atean la conducta del cura, en tanto que el joven, repuesto ya, invita al valiente a salir a la calle. Niega a ello el de las faldas, pero continúa vomitando frases soeces.

Me pongo de parte del cura esta vez. La iglesia es casa de oración y nadie debe permitirse en ella ciertas libertades, no llevando corona ó cerquillo.

No entierra a nadie el cura de Villaflores por menos de 32 ó 25 pesetas; y cuando el que muere no deja metálico, se agarra a lo primero que en la casa encuentra de algún valor. Caso ha habido en que ha dejado lo que se llama en cueros a la familia del muerto.

Y hace perfectamente. Enterrar los muertos es obra de misericordia; esto no admite duda; pero tampoco la admite esto: «los curas no han venido al mundo a hacer obras de misericordia, sino a vivir bien a costa de los illos.»

Y el que sepa algo en contrario, que alce el dedo.

Los hermanos Prieto (Tomás y Simón, beneficiado el uno y capellán de la cárcel de Salamanca el otro) tenían una hermana.

Y tal cariño sentían por ella, que la dejaban vivir de la caridad ajena y hasta le permitieron que fuese a esperar el fin de sus días en el Asilo de las Hermanitas de los pobres.

Después de este ejemplo, no toleraré que nadie me niegue la influencia de la religión en los sentimientos más nobles del hombre.

Las monjas directoras del colegio de San Alfonso castigan brutalmente a las niñas.

Hace pocos días que Sor Carmen, despojado de sus ropas y obligado a estar en camisa encima de un banco desde las tres a las cinco de la mañana a una pobre niña por haber sustraído cuatro cuentitas de rosario a una compañera.

Y menos mal que ahora estamos en verano; que si no... se muere la niña de frío.

Lo que no sé, es cómo sustrajo las cuentitas, recibiendo tan buena educación en la santa casa. Vaya usted a saber si habría visto a alguna Hermana apoderarse de algo que no fuera suyo.

Lo que tampoco sé, es si tiene esa niña padre, madre, ó hermano. Acaso no los tenga. Porque no se comprende, teniéndolos, que no hayan ido a darle una buena mano de azotes a esa tía de la toca.

«¡Ah ¡quisidor! Ya que no puedes quemar hereses, quemas periódicos.»

Contigo hablo, parroquidermo de Vega de Carriedo.

Lo que tú dirás: Los periódicos ilustran.

Para que yo pueda seguir explotando a estos bárbaros, preciso es que no se ilustren. Luego venga un fúfuro, y arda Troya.

Además, para comer, beber y arder, no se necesita ser ilustrado.

Y aquí estoy yo que lo pruebo.

Si razones así, y por esto quemas los periódicos, ¿qué decirte, sacerdote?

Que el hijo primogénito de la burra de Balaan te daría la razón, si viviese.

¿Quién dice que los curas y los frailes viven pobres? Medio millón de duros ha dejado al morir el P. Lasagna, en el Uruguay.

Las veces que nombraría a Cristo para acrecentar su fortuna dejando a Dios sin camisa!

El obispo católico, apostólico carlista de Sevilla, díjole al gobernador civil:

«Si viene a Sevilla la señora doña Belén Sárraga habrá en esta ciudad un día de luto.»

Y efectivamente, fué, y ni un animal católico se dignó alzar el cuarto trasero. Y eso que es para lo único que están todos dispuestos siempre.

Bien mirado, hicieron lo que debían, pues si llegan a lucir las herraduras por todo lo alto, se encuentra cada uno con tres ó cua-

tro garrotes desechados por gordos sobre el indecente costillar.

¡Pobre obispo! ¡Creer que bastaba su evangélica excitación para que recibieran a tiros a una señora, y encontrarse con que los zulus se han repuchado y negado a dar esa ferviente prueba de amor al prójimo a estilo carca! ¡Oh qué terrible desengaño!

Lo que él dirá a sus solas: «Ni éstos son católicos, ni carlistas, ni brutos, ni sinvergüenzas. ¡Presentáseles ocasión de acreditarse de salvajes y no aprovecharla! ¡Oh fe! ¡Cuán á menos has venido! Antes servías hasta para trasladar las montañas, y ahora no vales ni para fusilar a una mujer!»

Una falsificación

Encerraron el cadáver en la caja cuando ya estaba próxima la descomposición.

A los pocos días comenzaron a bullir los gusanos, y fué grande su contento al advertir que era de fraile el cadáver que se les ofrecía en festín; fraile dominico y con los pies descalzos.

El fraile es el cerdo de los gusanos. Así es que mordieron con avidez en los primeros instantes. No se paraban a saborear: engullían.

Cuando ya se iba saciando su hambre, advirtieron que el fraile aquel no sabía a fraile. Se fijaron más, inquirieron... Mas no había duda; lo era. Su hábito lo atestiguaba.

Necesitaron alimentarse de nuevo y volvieron a la carga. Esta vez, ya al cuidado, paladearon con más delicadeza, y vieron confirmadas sus sospechas: aquella carne no era de fraile.

Se alborotaron ante el engaño de que se les hacía víctimas, y estuvieron a punto de sublevarse. No se puede estar ni aun a los gusanos sin exponerse a un disgusto.

Afortunadamente la cosa no pasó a mayores, gracias a que el Menéndez Pelayo de ellos averiguó que el cadáver aquel pertenecía a don Antonio María Fábí, exministro y exgobernador del Banco de España, quien dejó dispuesto que lo enterrasen de aquel modo.

Y poco que se rieron los gusanos al enterarse de que ha vuelto a ponerse en moda en España, aun entre los militares, el que entierren los cadáveres vestidos de máscara!

Se dieron otra buena panzada de exministro, se felicitaron mutuamente por la exquisitez de su paladar, pero juraron tomar sus medidas para que no vuelvan a darles gato por liebre, juramento que cumplirán por ser gusanos caballeros.

Con que ya lo saben los que piensan disponer que su fiambre sea metido con hábito de fraile en el estuche. No hay medio de dársela a los gusanos. ¡Están ya en el secreto!

J. N.

AGUARDEMOS

Me ocuparé en el número próximo de eso que llaman Concentración democrática, y en la que siento mucho ver a ciertos republicanos. No lo hago en éste, por aguardar a que publique el Manifiesto que ha ofrecido.

Lo que sí quiero adelantar es esta reseña que del discurso pronunciado en el banquete de despedida por Sol y Ortega hace el redactor de El Imparcial que a él asistió:

«El señor Sol y Ortega, después de brindar por los que llamamos «muertos que viven» en las alturas de la inmortalidad, por Castelar, Ruiz Zorrilla y Figueras, anunció para mañana la publicación en un manifiesto de las soluciones prácticas que la asamblea ha creído más enderezadas al logro de la concentración de las fuerzas democráticas, una vez que hayan sido consultados todos los grupos republicanos; y tachando luego de confusas las teorías en boga sobre el concepto de la patria, desenvolvió la suya en cuatro categorías a saber: patria, derecho, Estado y forma de gobierno, para deducir que la última debe subordinarse a las necesidades de la tercera, a los dictados de la segunda, y a las realidades de la primera.»

Siendo lo de menos la forma de gobierno, a buen seguro que pecará de mal pensado el que viese en esa afirmación un portillo abierto para colocarse un día dentro de la restauración.

Pero, en fin, aguardaré al manifiesto para juzgar con perfecto conocimiento de causa.

CORRESPONDENCIA

«Zaragoza».—R. R. Envieme lo que quiera. Si me gusta lo pondré, y si no, no. Aunque me gustará, si viene tan bien escrito como su carta.

Si dejase de ir El Motín a alguna población de las que ahora se envía, pueden los que deseen leerlo suscribirse directamente en esta administración, pues no será por culpa nuestra.

Biblioteca de "El Motín,"

El dolor universal

POR

Sebastián Faure

Únicamente porque lo justo es sólo el bien, lo injusto sólo el mal. El placer y el dolor no son nada, y todo lo que no es bien ni mal, debe ser absolutamente indiferente al hombre virtuoso.

Esta es la doctrina. Nuestro siglo de crítica científica y observación experimental, nuestro siglo de realismo positivo, ha roto el ídolo a quien, por lo demás, los metafísicos no habrían logrado nunca dar seriedad. Esas nebulosidades encerradas en el cerebro de pensadores especulando sobre el absoluto, se han disipado al paso de las investigaciones en épocas recientes, que han demostrado que nada hay absoluto; que el absoluto, creación platónica del idealismo cerebral, no existe, no puede existir.

No deja de haber una escuela, sin contar algunas personas influyentes, que continúan apoyándose en ese postulado del bien absoluto para predicar la práctica de la virtud sin recompensa ni más satisfacción que la de justo y moral. Y encuentran también muchas personas que, presa de las alucinaciones causadas por aparentes sublimidades de ese ideal, se privan del placer y se imponen penas sin más motivo conocido y declarado que el respeto de principios injustificables, de deberes ilusorios, de dignidad ficticia, de honor imaginario.

La moral altruista me parece una exageración del principio esencialmente humano: «No hagas a otro lo que no quieras que hagan contigo. Haz a tu prójimo lo que quisieras que hicieran contigo.»

La principal, la única preocupación del altruista debe ser el bien ajeno, así para trabajar por éste tenga que comprometer el suyo propio. El precepto es doble. El primero, una

prohibición: «no hacer mal a otros»; el segundo, un mandato: «hacerle todo el bien que para sí mismo se desee.»

Confieso que mi corazón se siente atraído hacia ese concepto tan alto de la moral; pero mi razón lo rechaza energicamente porque su origen es falso, y ¿quién lo creería? Infaustas son sus consecuencias actuales.

He dicho que el punto de esta ética es el amor al prójimo con preferencia a todo otro, lo que supone, como corolario, que el bien ajeno debe ser por todos considerado más precioso que el propio y serie preferido.

Luego, admitir que el bien de mis semejantes es preferible al mío, es también reconocer que el sujeto es superior y tacharme de inferioridad. Ciertamente que a esta inferioridad enfrentada a mí mismo, corresponde una equivalencia superioridad frente a los otros, y que así puede restablecerse la igualdad de todos y de cada uno.

Gracias a un razonamiento de este género me invita la escuela altruista a sacrificarme, si hay necesidad, por la felicidad de otro, asegurándome que, debiendo éste a su vez inmortalizarse por mi propia dicha, no sólo nada pierdo en este cambio de procedimiento, sino que puedo ganarlo todo. ¿Mas qué pensar entonces de ese amor al prójimo que en el fondo sólo estaría inspirado por el amor a sí mismo? Y siendo así, ¿no está mal que se adorne esa moral con el calificativo de altruista? ¿y no le cuadraría mejor el epíteto contrario? Y si no es así, es decir, si no debo tener en cuenta más que la felicidad de mis semejantes, consagrarme a ella todo entero y hacer en su bien el sacrificio del mío, sin que en tal conducta entre la certeza, ó, por lo menos, la esperanza de que puedo contar con la reciprocidad por parte del prójimo, hay que confesar que se me propone un trato leonino y noventa probabilidades entre ciento de que yo no consienta en poner mi firma en tan extraño contrato. Esto es lo que sucede.

El grito de amor y paz ha podido repetirse durante siglos: «¡Diligite vos invicem! (Amados los unos a los otros); los hombres han permanecido sordos al consejo; continúan riñendo, calumniándose, perjudicándose y luchando unos contra otros.

Hay que tener el valor de reconocer que el mal sería para aquellos que en nuestra sociedad batalladora y exótica se les ocurriera adaptar su actitud a las reglas de la escuela altruista. Su vida sería una renuncia completa, una abnegación constante, un verdadero martirio. Los solos consagrados a sacrificarse en el seno de una sociedad indiferente, desdenosa de sus tormentos voluntarios, no tardarían en reconocer la patente esterilidad de sus esfuerzos y renunciar a ellos cuerdamente.

Una de las formas más vulgares del altruismo en nuestra

época es la caridad, y a menudo ésta no es más que un cálculo frío de una hipocresía abominable. Cálculo en los que, millonarios, dan cien céntimos para guardarse mil francos y calmar las justas iras que puede excitar en los pobres la insolente ostentación de su lujo; cálculo en los que, con algunas limosnas hechas ostensiblemente, adquieren a poco precio una reputación inmerecida de caritativos y se rodean de la aureola de la bondad; cálculo en los que, durante los rigores del invierno salen de sus calientes moradas cubiertas de pieles y en cómodos carruajes llegan a un sitio de recreo donde se divierten, gozan, bailan hasta la mañana, dando a su afición, al juego, a la coquetaría, a la polka, una apariencia de piedad por los desgraciados que no tienen donde reclinar la cabeza y a los que se guardan bien de ofrecer no asilo; cálculo también en los que, cristianos ó masones, practican la caridad, uno de los más firmes sostenes de su influencia; cálculo, en fin, en los que, con la tapadera de un montón de obras de beneficencia y de socorro, recogen seres sin albergue, sin trabajo, sin alimento, les dan pan y guarida a cambio de un trabajo a veces excesivo, y bajo la máscara de honrosa filantropía, realizan también ganancias sobre las espaldas encorvadas ya por las martirias de la existencia.

Hipocresía aborrecible, esa caridad oficial y pública que, por medio de asilos para la noche, de casas de beneficencia, de socorros extraordinarios, de obras de toda clase, patrocinadas, subvencionadas y vigiladas por el Estado, arranca de la vía pública a la turba desarraigada y hambrienta, la deja abandonada y la empuja suavemente a una resignación que deprime, mientras que la miseria la hubiera probablemente impulsado a la sublevación y el pillaje.

Otra forma del altruismo es el amor a muchas colectividades más ó menos extensas: familia, municipio, patria, en cuyo nombre se exige del individuo ahogado, perdido en esas masas, obligaciones, esfuerzos, sacrificios que por la patria, ponga por caso, llegan hasta el sacrificio del más precioso bien, de aquél cuya pérdida es irreparable: la vida.

Poco diré de la moral utilitaria: es el producto directo de la filosofía de Epicuro. Esta filosofía tan calumniada, no deja por eso de ser la única verdaderamente racional, francamente humana y realmente fecunda. Es racional, no sólo porque no cae en los errores de los éticos anteriores, lo mismo desde el punto de vista como del objeto, sino también porque toma por substrato la única realidad de que no nos es permitido dudar; dicho substrato, que para cada ser es el ego, el yo, es el sí mismo. Y es francamente humana, porque se inspira en un

conocimiento perfecto de la humanidad, porque parte de una prueba que jamás engaña, y que a pesar de las manifestaciones diversas, y a veces hasta opuestas, a que da origen, a pesar del tiempo y del espacio, puede advertirse por doquiera idéntica constantemente a sí misma, y que es, por tanto, inherente al ser humano, comprobación que cada cual puede hacer en sí mismo. En la naturaleza humana está el buscar la dicha y huir de la adversidad.

Es realmente fecunda, porque el adaptarla conduce necesariamente al respeto y al amor al prójimo, por razón de este razonamiento sencillo: Para todo individuo, el bien consiste en buscar cuanto le lleva a la dicha, en alejarse de todo lo que le hace desgraciado, como es sabido; pero es viviendo el individuo en sociedad, viendo su ventura en la desdicha de los otros, y obligado para ser feliz a atender al derecho igual de sus semejantes.

Esto, por tanto, sucederá todo el tiempo en que los intereses individuales sean opuestos a los del otro, todo el tiempo que el placer del uno se realice a costa del disgusto del otro. Nacida de la fecunda unión de la naturaleza y la razón, la moral utilitaria invita actualmente a todos los hombres a buscar una organización social en cuyo seno los intereses de cada uno se concilien con los de todos, por supresión de las causas artificiales de discordia social; y no sólo no pueda hallar su felicidad en la desgracia ajena, sino que además el placer de cada cual esté indisolublemente ligado al de todos, y el sufrimiento impuesto sólo a uno sea sentido por todos, gracias al libre funcionamiento de la solidaridad del dolor y del contento. En una palabra, conseguir primero que el placer de cualquiera no tenga nunca por resultado el dolor de otro, ó muchos otros, he aquí el primer punto; después llegar a tan estrecha unión de intereses solidarios, que penas y dichas sean comunes a todos, y cada cual se vea así naturalmente inclinado a hallar su felicidad en la de los otros; tal es el segundo punto.

La realización de estas dos condiciones, la una negativa, positiva la otra, teniendo por objeto la primera evitar todas las lágrimas, logrando la segunda multiplicar como el eco, la risa de uno solo, he aquí el ideal de la ética utilitaria. Ved aquí puesta en práctica esta hermosa definición de Leibnitz: «La virtud es el arte de hacerse feliz con la felicidad de los otros.»

Esto es, como se ve, la fusión de las dos morales: egoísta y altruista; pero sin que se exija de parte del individuo la renuncia más pequeña, sin que el utilitario tenga que hacer, sobre el sacrificio del otro, el holocausto de su propia felicidad. Tal reconciliación definitiva de los intereses de todos y cada uno, es el punto de unión natural de la felicidad individual y la colectiva.

Es, si se quiere, la solución del problema tan profundamente sondado por los altruistas: la felicidad del individuo hallada buscando la felicidad ajena; pero, diferencia fundamental, con este punto de partida egoísta: el bien consiste en hacerse feliz uno mismo en lugar de este otro: el bien consiste en hacer dichosos a sus semejantes.

No creo que se podría concebir una filosofía más dulce, más verdadera, más profundamente humana, más generosa, más alta; no podría imaginarse una moral más pura. Y, sin embargo, no la habido en el pasado ni hay en el presente otra que haya tenido tantos asaltos que sostener, calumnias que refutar, excomunionen que sufrir, ataques que rechazar.

Y es ya muy antigua esta moral del interés profesada por Epicuro, desarrollada, sistematizada y vulgarizada por los discípulos y continuadores de aquel hombre ilustre entre todos los de la antigüedad. Esa filosofía que tiene la franqueza y la audacia de proclamar a la faz de retores y pedagogos de la moral religiosa y de la filosofía histórica, que el único bien es el placer, la voluptuosidad, el goce, la dicha, ha sido durante muchos siglos objeto de los sarcasmos é injurias de teólogos y metafísicos coligados.

Hasta parecía que se había eclipsado, por decirlo así, arrastrando lo poco que restaba de la personalidad humana, absorbida por las aguas torrenciales del cristianismo mortificante. Mas una idea tan profundamente justa puede ser momentáneamente eclipsada, mas no desaparece jamás por completo, y reaparece en el curso de los siglos con nuevo vigor y brillando con esplendor más vivo.

Con el Renacimiento, con el espíritu de examen y libertad, recorran su fuerza las ideas de Epicuro. El epicurismo se ve en los *Essais* de Montaigne, estalla con la risa de Rabelais, halla su mártir en Vanini.

Hobbes y Gassendi volvieron a poner en alto definitivamente la moral del placer. «El bien, dice Hobbes, es lo que deseamos; el mal, es aquello de que huimos. Todo lo bueno, lo es sólo en relación a alguien ó a alguna cosa; nada hay absolutamente bueno.» es la respuesta dada por el epicurismo del siglo XVII al estoicismo de la época. Y añade: «¿Es natural preferir lo que es bueno con referencia a los otros, ó lo que es bueno con referencia a sí mismo? La filosofía utilitaria contesta negativamente, y afirma que lo bueno es lo que cada cual encuentra bueno con relación a sí mismo.»

Las *Máximas* de la Rochefoucauld no son más que una paráfrasis muy habilidosa y muy juiciosa con frecuencia, de la moral del interés. Spinoza fué el metafísico del utilitarismo. (1)

(1) Véase respecto a este punto la obra rica en documentos y premiada por la Academia de ciencias morales y políticas, de Marc Guyan: *La morale d'Epicure et ses rapports avec les doctrines contemporaines.*

Intentó sintetizar el epicurismo, el estoicismo, el misticismo y el naturalismo en la idea de la razón, comprendiendo la necesidad eterna que son la naturaleza, ó Dios, y hallando en su conocimiento la suprema felicidad. En sus dos obras principales, *De l'Esprit*, y *De l'Homme*, de las que la primera tuvo un éxito enorme, Helvétius nos lleva a los preceptos de la moral utilitaria. Prueba con lujo de pormenores verdaderamente extraordinarios, con vigor y claridad poco comunes, que es el interés el móvil único de todas las acciones humanas.

Con la Mettrie, d'Alembert, d'Holbach, Saint Lambert y Volney, véase marchando bajo la bandera de la moral utilitaria a los pensadores más grandes del siglo XVIII. Pero puede decirse con M. Guyan (1) que todo el siglo dieciocho, exceptuados Rousseau y Montesquieu, véase arrastrado por preferencias inevitables hacia ese principio moral. Y es curioso ver el acuerdo casi universal sobre este punto.

En nuestra época, la filosofía utilitaria ha encontrado en la escuela inglesa sus discípulos más numerosos y sus apóstoles más ilustrados. Bentham, el verdadero fundador de esa escuela que ejerció en el mundo entero preponderante influencia, dió a la moral del interés su más firme asiento. Restauró los sistemas de Epicuro, de Hobbes, de Helvétius, los sistematizó con arte prestigioso y creó un importante movimiento intelectual.

Owen, Macintosh y James Mill sólo tuvieron secundaria notoriedad; pero con Stuart Mill adquirió un vuelo asombroso. En sus numerosas obras se consagró: 1.º a limpiar el principio de algunas obscuridades primitivas; 2.º a clasificar en cierto modo los placeres, dividiéndolos en superiores é inferiores; 3.º a probar que el medio más seguro de llegar a la felicidad propia, no es el hacerla el objeto directo de la existencia, sino buscarla fuera; por ejemplo: en la felicidad ajena ó en el mejoramiento de la condición humana; (2) 4.º en establecer que la moral del interés llega a conciliarse con el amor al prójimo; 5.º en aplicar a las ciencias morales el método positivista.

Grote, Bain, Lewes, Sidgwick nos llevan hasta al inmortal naturalista Carlos Darwin, que hizo en cierto modo la génesis de los sentimientos morales y determinó por qué evoluciones el instinto social de los animales tiende a transformarse en sentimiento moral, y al filósofo economista Herbert Spencer. Este último, de acuerdo con Darwin, aplica a la moral utilitaria la teoría de la evolución del transformismo.

Con esos dos maestros, los esfuerzos, hasta entonces insuficientes, intentados en pro de la fusión de las dos morales,

(1) *La morale d'Epicure*, p. 276.
(2) *Stuart Mill. Memorias*, Chap. V.

la de la abnegación y la del interés, hallaron sólido punto de apoyo en la doctrina de la transformación de los sentimientos egoístas en sentimientos altruistas. (1)

Cuando se acabe el cambio que a nuestra vista se opera, y todo hombre una en su corazón a un amor activo por la libertad sentimientos activos de simpatía para sus semejantes, entonces los límites a la individualidad, que todavía subsistan, trabas legales ó violencias privadas, desaparecerán; a nadie le será impedido el desarrollarse, porque al por que sostenga sus propios derechos, cada cual respetará los derechos de los otros. No impondrá ya la ley restricciones ni cargas; serán ya a la vez inútiles é imposibles. Entonces, por primera vez en la historia del mundo, habrá ser cuya personalidad podrá desplegarse en todas las direcciones. La moralidad, la individualidad perfecta y la vida perfecta se varán a la par realizadas en el hombre definitivo.

B.—ESTADO CAÓTICO DE LA MORAL CONTEMPORÁNEA

Estado de alma de la muchedumbre. Desorientación de las ciencias. Debilidad, desvalimiento, cansancio general.

Me detengo en esta visión mágica del hombre completamente feliz en medio de sus semejantes también felices, y pido perdón al lector de haberle entretenido tanto tiempo con la moral utilitaria, a pesar de mi anterior propósito de no hacerlo.

Por otra parte, es esta ética tan mal comprendida, y por lo común apreciada de tan diverso modo, que esta exposición, aunque imperfecta, era indispensable para la inteligencia de lo que viene después.

He dicho más arriba que la moral social contemporánea, sin haber conservado la tradición pura de ninguna de las cuatro escuelas cuyas doctrinas acabo de bosquejar, es una especie de amalgama en que entran los elementos confundidos de todas estas.

En esto no hay nada de extraordinario; nuestra época atraviesa, bajo todos los aspectos, y bajo este tal vez de manera más marcada, una fase de transición, que parece ser decisiva.

Mientras el hombre se ensaya en libertarse de los prejuicios del pasado; mientras que adquiere conciencia cada vez más clara de la vida individual y social; mientras que lenta, pero seguramente, se entera su espíritu doblado mucho tiempo bajo una carga de deberes acumulados a capricho sobre su pobre esqueleto; mientras que, en fin, fatigado de verse ensordecido por los clamores interesados de los que hablan sin cesar de obligaciones y trabas, afirma su voluntad de hacer valer sus derechos, la *jauria* continúa labrando en torno suyo.

(1) H. Spencer. *Social Statics*, p. 479.

cho para la libertad y el placer; aprenle a emanciparse de toda tutela enojosa, de toda deshonrosa autoridad. Busca tu goce, tu satisfacción. Gozar, ser feliz, es vivir y vivir plenamente; este es tu derecho y sería tu deber si se pudiera admitir que existe para ti. Hombre, no des oído a esos detestables consejos del egoísmo. Vivir para gozar, es rebajarse al rango de la bestia, es volver a la animalidad primitiva, es perder toda dignidad, es convertirse en esclavo de los instintos más viles, de las más vergonzosas pasiones.

Tales son, y con éstos muchos otros, los contrarios llamamientos que se cruzan en el aire solicitando a los humanos y tirando de ellos en todos sentidos, aquí bajo la forma de consejo, allí bajo la de mandato, ora con voz dulce é insinuante como una suplicación, ora con tono agrio y rudo como una orden categórica.

Si por casualidad habéis estado en las ferias de Trône ó de Neully, desgarrados los oídos por los tambores, organillos, silbatos y gongos de hombre metiendo ruido para atraer a los bobalicones; fijos los ojos en las exhibiciones, en los animales expuestos, en los juegos de manos de los saltimbanquis, en la sonrisa llamativa de bailarinas con malla ligera y las pinturas chillonas representando una mujer gigante, un monstruo, un fenómeno increíble ó una lucha sin piedad; la boca abierta ante las luterías de los payasos; las promesas halagadoras de los charlatanes, ¿no habéis visto sobre el gentío divertido, atraído, seducido, incrédulo ó desengañado, flotar una curiosa indecisión que lo lleva sucesivamente a la tela de las tablas de cada barraca? ¿No habéis visto ante las mallas, la musculatura, las orquestas, las faras que les prometen un placer inaudito, un espectáculo incomparable, preguntarse esos millares de personas por dónde comenzarán a circular, sin poder decidirse, en medio del torbellino de plovos que levantan, magullados por los codazos y heridos los pies por las pisadas de los torpos?

Pues es exactamente lo que pasa en nuestra época, por causa mucho más importante. Porque si es tan distinto el lenguaje de los moralistas, si contra tan escuela con escuela, hay un punto al menos en que todos se entienden a maravilla: en que el fin de la moral es la felicidad. Los adeptos de la moral religiosa la colocan más allá de la tumba y nos invitan a amar el sufrimiento en esta vida perecedera, convocándonos para una beatitud sin fin, justa compensación de los dolores tan valientemente aceptados aquí abajo.

Las afirmaciones de otras morales varían en la manera de concebir la felicidad, en la forma que reviste, el sitio en que se encuentra y el camino que a ella conduce; pero todas, absolutamente todas, proclaman que es el fin del individuo.

¿Está esa felicidad a la derecha ó a la izquierda, en el cielo ó en la tierra, en esta vida ó en la otra, en el amor de Dios ó en el del prójimo, en el desinterés ó en el interés, en la expansión sin freno ó la represión de los apetitos y pasiones? Estas cuestiones de extrema importancia están lejos de haber sido dilucidadas. El espíritu humano anda a tientas perdido aun en las oscuridades de la ignorancia anterior; si comienza a desconfiar de las ilusiones engañosas del misticismo, si no se siente ya sostenido por el espiritualismo de antaño, tiembla de confiarse al realismo materialista. Perdida en tan sombrío dédalo, mira con ansia a las profundidades del laberinto sin poder descubrir la salida, sin conseguir hallar la ruta que guía sus pasos vacilantes hacia los esplendores de la luz. Pasa sucesivamente de la más viva esperanza a la mayor desesperación, del valor invencible al mortal abatimiento, del ciego fanatismo de la fe al excepticismo completo, del vigor inflexible a la debilidad de la agonía.

Las conciencias humanas de nuestros días son semejantes a esas hojas secas y amarillas que el otoño arrastra a los gigantes de la selva y de que está alborotado el suelo. Se ve a la sol, las hojas se amontonan en el horizonte, el viento sopla en violentas ráfagas, cae en abundancia la lluvia, la naturaleza parece furiosa, los elementos ebrios de rubia se entregan a terrorífico combate; el fuego, el aire y el agua ruedan mezclados con estruendo enorme. ¡Pobres hojas estrechándose temerosas unas a otras, viendo un obstáculo donde creen encontrar un asilo! El huracán las desaloja en breve, y helas ahí flotando dispersas, lanzadas de todos lados, separadas, arrugadas, rotas, manchadas, informes...

¿No está aquí la conmovedora imagen de nuestra época renueta? El viento de las revoluciones saca e fuertemente los árboles seculares, religión, familia, patria, propiedad, a los que se han adherido, como hojas, las conciencias humanas. Las luchas de los partidos, las rivalidades de clase, los odios de las naciones, los antagonismos de los grupos, las divisiones en las familias, los conflictos individuales anuncian la tormenta próxima. Las conciencias timoratas se agarran desesperadamente a las ramis que tiemblan de vejez; por millones vanse arrebatadas violentamente en torbellino, al son de la discordante orquesta de los vientos desencadenados. Ruge ya la tormenta, sembrando el terror y amontonando ruinas a su paso. ¿Dónde está ese espacio azul hacia el que, atravesando el velo que cubre el porvenir a nuestra vista turbada, se dirigen las almas? ¿Dónde el rayo de sol que ha de fundir las nieves del odio y poner en los corazones el calor vivificante de la paz y el amor?

¿No es esta desorientación de la conciencia y esta angustio-

sa hostilidad de los corazones lo que caracteriza a nuestra generación? Esa perturbación de los cerebros, esas locuras del pensar, ese abatimiento de las voluntades, producidos siempre en los períodos de transición, cuando la humanidad se halla en los confines de un mundo que se va y de otro que aparece: es como la hora fatal en que el alma empieza a dibujar vagamente sobre un fondo oscuro todavía los objetos aún mal iluminados.

C.—INTRUSIÓN DE LA LEY

La ley, ínter de apreciación de la moralidad de las acciones.—Prolongamiento de la legislación en el dominio físico.—La delación ejercida en virtud política.—Sociedades morales.—Tipo que engendra este sistema.

Pues la moral contemporánea es confusa, inextricable y contradictoria, hecha para extraviar la razón y oscurecer la conciencia, esta moral social, salida de una excepción bastarda, ¿quiere—cosa imposible—delegar al individuo con el deber y la violencia haciendo que respete su libertad, es impotente para guiar las inteligencias. Fortificar los corazones, purificar los sentimientos, impulsar a la humanidad hacia el bien, hacia la felicidad.

Para estar tranquilo, el espíritu necesita saber a donde va; para ser sinceros, profundos y ardientes, los sentimientos tienen que conocer los objetos a que se adhieren; en fin, para ser viriles y tenaces, es preciso que los actos de la voluntad surjan de ideas bien determinadas, de bien claras concepciones. La antorcha del pensamiento no proyecta sus rayos bienhechores si no es la razón quien la lleva. La llama generosa y fecunda sólo brilla en los corazones cuando la pasión ha sabido encenderla.

Pero todo conspira para ahogar la pasión, apagar la llama, pervertir la razón y romper la antorcha, y así la humanidad es presa de un desaliento sin límites, de una postración indescriptible. Ni sólo nadie viene a comunicarle el impulso salvador, sino que parece incapaz de obedecer a él, si éste se prolonga.

No cree ya en Dios, ni en él creerá jamás; no cuenta con las felicidades eternas ni teme las infernales torturas. En el seno del dolor, que ha venido a convertirse como en la razón de ser de la vida misma, se pregunta si ya felicidad existe, si se ha hecho para ella, si no le está prohibido el esperarla, viviendo vagabundo, sin orientar ó, en regiones que no dan asilo a la razón y destruyéndos los pies por los montones de prejuicios, de errores, de absurdos, de contradicciones que obstruyen su camino.

¿Cuántos y dónde están hoy los que se inquietan y se interrogan por saber si obran bien ó mal, si tienen ó no razón para hacer ó no hacer tal ó cual acto? Casi la totalidad vive sin

Cacofonía que aturde, concierto de zumbidos en medio del cual es imposible darse cuenta de nada. Oíd:

«Cree en Dios; ámale y respeta su ley soberana.—Dios no existe, es una ficción hija de la ignorancia y el temor, sostenida y desarrollada por los intrigantes y los explotadores, para oprimirte y esclavizarte mejor.»—«Escucha los consejos de la Virtud, de la Justicia. Sólo la Virtud es amable, sólo ante la Justicia debe inclinarse el hombre.—Virtud y Justicia no son más que *verba et voces*, son productos de los extractores de la quinta esencia, de cerebros enfermos y de imaginaciones en delirio. Aleja de ti a esos austeros de fraseología hueca, fría y enfática.»

«No pienses más que en el prójimo, que todos tus esfuerzos tiendan a hacerle bien; la abnegación es necesaria, es la más bella de las virtudes, es la virtud madre; la felicidad está en el sacrificio.—Mira, mira a tu alrededor. Esos seres semejantes en todo a ti, que gozan viento tus desgracias, se regocijan con tu llanto y reventan de envidia ante el espectáculo de tu felicidad; esos seres que después de haberte arrojado al suelo, pasan sobre tu vientre para llegar más pronto a la riqueza y los honores; ¿no sería una locura que te sacrificases por su felicidad?»

«La conciencia es todo. ¡Bah!, qué importa el desdén de los pedantes, el chismorreo de los imbéciles, las calumnias de los envidiosos, los vejámenes de los santarones, la persecución de los que mandan, las excomunionen de los fanáticos, las sentencias de los secretarios? La satisfacción del deber cumplido, el testimonio íntimo de la conciencia; esa es la felicidad. La única que no engaña.»—«¿El Deber? ¿La Conciencia? ¿De dónde salen esos aparatosos? ¿Dónde rae el deber? ¿En dónde se halla la conciencia? ¿Dónde proviene el primero? ¿Cómo está formada la segunda? ¡Desgraciados! Siglos hace que os inclináis ante esas mágicas palabras; deber, conciencia, y nunca os han respondido claramente.»

«Nada de religiones, de dogmas, de disertaciones sobre la virtud pura de toda mezcla. ¡La ley, sólo la ley debe servirte de regla de conducta! De ella aprenderás lo que debes evitar, ella te marcará la conducta que has de seguir.—Vuelve la espalda al legislador. La ley es injusta y se la hecho solamente para consagrar, legitimar y amparar las usurpaciones de los ricos, las iniquidades de los grandes.»

«Hombre. Hace veinte lustros se reconoció ese deber sin recordarle la existencia de los derechos que la Naturaleza te ha conferido. Se te ha dicho que importa ante todo trabajar por tu propia felicidad, que el fin del ser es la dicha y que el bien consiste en el logro de ese fin; se te ha dicho que la esclavitud es un mal y la servidumbre una vergüenza. Estas he-

objeto, sin ideal, sin más deseo que engullir, amontonar dinero y elevarse sobre la multitud para domesticarla. Y las pocas individualidades conscientes y reflexivas que se recogen en sí mismas para discernir el motivo y objeto de sus actos, sólo encuentran a veces el vacío.

Nuestros moralistas han procurado llenar este vacío y no han hallado nada mejor que... la ley, como criterio de la moralidad; la ley, cuyos orígenes, razón, deseo y tendencias he mostrado más arriba.

El legislador es el que, cubierto con la piel del moralista, se abroga el derecho de dirigir nuestras conciencias. Dícese él: «Pues que legislo sobre esto y lo otro, ¿por qué no legislar sobre la moral? Codifico cuanto concierne a las necesidades físicas é intelectuales de los ciudadanos, ¿por qué razón no he de codificar todo lo que se refiere a las necesidades morales? Tengo autoridad plena sobre el ser material por la propiedad, plena autoridad sobre el ser cerebral por el gobierno, ¿por qué no he de tener autoridad también sobre el ser físico? Reglamentó los apetitos y las aspiraciones, ¿por qué no los sentimientos y las pasiones activas? He reducido a servidumbre vientos y cerebros, ¿no debo esclavizar los corazones?»

Esta consecuencia natural de las codificaciones primeras era indispensable y tiene para las clases directoras una doble ventaja: se apoderan del individuo entero, de los pies a la cabeza, de suerte que nada queda libre de su acción dominadora, y modelando por el Código las conciencias, los verdugos hallan en sus propias víctimas cómplices de sus usurpaciones. El prolongar la legislación hasta el orden moral, es asegurar el respeto a la ley de manera menos costosa, menos brutal para todos y acaso más segura para el mayor número. Es así como un *jendarme espiritual* puesto al lado de cada individuo para impedirle que infrinja la ley, a la vez que la Pandora temporal se encarga de detener al que roba; es la salvaguardia antes y después de la ley, es decir, de la fortuna de los ricos, de la autoridad de los gobiernos.

Rubar no es ya sólo un atentado contra las leyes del país, es un acto penable por el Código; es además una acción vil, vergonzosa, inmoral, deshonrosa, culpable. Conspirar contra el poder establecido no es sólo un hecho reprimido por los tribunales, es además una mala acción afeada por la conciencia pública, repudiada por la sana moral, y que pone a su autor fuera del número de las buenas gentes, de las personas honradas.

Y no es esto todo; la ley nos prescribe de qué modo es bueno el amar y de qué modo es malo; estipula la forma bajo la cual la calumnia llamada difamación es penable y culpable por

(Continuad.)